

Carta abierta al hermano Romero*

**Pedro Casaldáliga,
São Félix de Araguaia,
Brasil.**

Yo debería estar ahí... y estoy: de alma entera. Esta pequeña Iglesia de São Félix de Araguaia te tiene muy presente, hermano. Estás visible en mi cuarto, en la capilla del patio, en nuestra catedral, en muchas comunidades, en el Santuario de los Mártires de la Caminada Latinoamericana. Hasta cuando cae un mango sobre el tejado me acuerdo del sobresalto que sentías cuando caían los mangos sobre tu retiro del Hospitalito.

El mes de marzo de 1983, yo escribía en mi diario:

No consigo entender de ningún modo, o lo entiendo demasiado: La fotografía del mártir Monseñor Romero con Juan Pablo II, en unos carteles más que normales para la visita del Papa, ha sido prohibida por la comisión mixta gobierno-Iglesia de El Salvador. La imagen del mártir duele. Al gobierno, perseguidor y asesino; y es natural que le duela; que duela a cierta Iglesia... también es natural, tristemente natural.

De todos modos, nosotros, aquí, en este rincón del Mato Grosso, y muchos cristianos y no cristianos de América y del mundo, celebraremos otra vez, en ese mes de marzo, el martirio de San Romero, pastor bueno de América Latina. A nosotros su imagen nos conforta, nos compromete y nos une; como una versión entrañable del Buen Pastor Jesús.

Y ahora estamos ahí, millones, de muchos modos, celebrando el jubileo de tu testimonio definitivo, aquella homilía de sangre que nadie hará callar. Tú tienes

* Texto enviado al Congreso de Teología, celebrado en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", UCA, San Salvador, del 28 al 30 de marzo, con ocasión del XXV Aniversario del martirio de Monseñor Óscar Romero.

poder de convocación, un poder macroecuménico de santo de los católicos y de los evangélicos y hasta de los ateos. Estamos ahí celebrando, reparando, asumiendo. Tú eres muy comprometedor; a lo Jesús de Nazaret: ese Jesús histórico que tantas veces se nos difumina en dogmatizaciones helenísticas y en espiritualismos sentimentales, el Jesús Pobre solidario con los pobres, el Crucificado con los crucificados de la Historia.

Tenías razón, y eso queremos celebrar también con júbilo pascual. Has resucitado en tu pueblo, que no va a permitir que el imperio y las oligarquías sigan sometiéndolo, ni va a dejarse llevar por los revolucionarios arrepentidos o por los eclesiásticos espiritualizados. Y resucitas en ese pueblo de millones de soñadores y soñadoras que creemos que otro mundo es posible y que es posible otra Iglesia. Porque así, como va hoy, Romero hermano, ni el mundo va, ni va la Iglesia. Continúan las guerras, ahora hasta de prevención; continúa el hambre, el paro, la violencia —del estado o de la turba enloquecida—; continúan las falsas democracias, el falso progreso, los falsos dioses que dominan con el dinero y la comunicación, con las armas y la política. Y continúa habiendo mucha Iglesia muda. Hemos pasado de la seguridad nacional a la seguridad del capital transnacional y de las dictaduras militares a la macro dictadura del imperio neoliberal.

Son veinticinco años también de la Conferencia de Puebla. Aquellos rostros, Romero, que son el propio rostro del Jesús “destazado”, se han multiplicado en número y en deformación. Aquellas revoluciones utópicas —hermosas y atolondradas como una adolescencia de la historia— han sido traicionadas por unos, despreciadas olímpicamente por otros y siguen siendo añoradas —de otro modo, más “al suave”, en mayor profundidad personal y comunitaria— por muchas y muchos de los que estamos ahí, contigo, pastor del “acompañamiento”, compañero de llanto y de sangre de los pobres de la tierra. ¡Cómo necesitamos hoy que enseñes a los pobres a “acuerparse” en solidaridad, en organización, en terca esperanza!

Contigo, decía el maestro mártir Ellacuría, “Dios ha pasado por El Salvador”, por todo nuestro mundo. Y el teólogo de frontera José María Vigil ha hecho de ti tres rotundas afirmaciones que son, más que verdades para creer, desafíos de urgencia para asumir:

- Romero: símbolo máximo de la opción por los pobres y de la teología de la liberación.
- Romero: símbolo máximo del conflicto de la opción por los pobres con el Estado.
- Romero: símbolo máximo del conflicto de la opción por los pobres con la Iglesia institucional.

No es que tú dejases de ser "institucional" y comportado. Siempre me admiró en ti la alianza de la disciplina con la libertad, de la piedad tradicional con la teología de la liberación, de la profecía más arrojada con el perdón más generoso. Eras un santo haciéndose, en constante proceso de conversión. De ti se ha repetido edificadamente que eras un obispo convertido. Con Dios y con el pueblo, sin dicotomías. "Yo, decías, tengo que escuchar qué dice el Espíritu por medio de su pueblo...". Tu homilía del 23 marzo de 1980, víspera de la oblación total, la titulaste precisamente así: "La Iglesia al servicio de la liberación personal, comunitaria, trascendente".

Te recordamos tanto porque te necesitamos, Romero, hermano ejemplar. Tú nos animas, tú sigues predicándonos la homilía de la liberación integral. Tú sigues gritando "cese la represión", a todas las fuerzas represivas en la sociedad, en las Iglesias, en las religiones. Tú nos adviertes que "el que se compromete con los pobres tiene que recorrer el mismo destino de los pobres: ser desaparecidos, ser torturados, ser capturados, aparecer cadáveres", y nos recuerdas que, comprometiéndonos con las causas de los pobres, no hacemos más que "predicar el testimonio subversivo de las bienaventuranzas, que le han dado vuelta a todo".

Confiabas —y no te vamos a defraudar— que "mientras haya injusticia habrá cristianos que la denuncien y que se pongan de parte de sus víctimas". Tu sangre, como pedías, es verdaderamente "semilla de libertad".

Tu memoria no es simplemente nostalgia, ni una veneración sacralizada que se queda en el aire del incienso; queremos que sea, vamos a hacer que sea, compromiso militante, pastoral de liberación. Nuestro teólogo, el teólogo de los mártires, Jon Sobrino, nos resume así la tarea evangelizadora y política que, por fidelidad a tu memoria, nos demanda hoy el reino: enfrentarse a la realidad con la verdad; analizar la realidad y sus causas; trabajar por el cambio estructural; llevar a cabo una evangelización madura, liberadora, crítica y autocrítica; construir la Iglesia como pueblo de Dios; dar esperanza a ese pueblo que tanto sufre...

Esta semana de tu jubileo, en San Salvador, acabará siendo un sínodo popular, un encuentro de aspiraciones y compromisos dentro de ese proceso conciliar que estamos viviendo, una gran vigilia pascual en torno a ti y a tantas y tantos testigos fieles, conocidos o anónimos, pero todos luminosos en el Libro de la Vida, seguidores hasta el fin del supremo Testigo Fiel.

"Estamos otra vez en pie de testimonio", te decía yo en el poema aquel. Y estamos de verdad. Somos del gran Foro Social Mundial, con el evangelio y por el reino, hacia otro mundo posible, hacia otra Iglesia —de iglesias unidas y liberadoras—, hacia otra patria grande, Nuestra América del Caribe y del Sur y de la entrañable América Central; con un norte otro, hermano también por fin, desimperializado.

Nos anuncian la V Conferencia Episcopal Latinoamericana, posiblemente para 2007 y esperamos que sea en América Latina. Ayuda a prepararla, hermano. Haced celestiales horas extras todos los santos y santas de Nuestra América para que esa conferencia sea un Medellín, y actualizado.

Seguiremos hablando, hermano Romero. Cada día. Tú acompañándonos, desde la paz total, por el camino arduo y liberador del evangelio. Tantas veces nos sentimos como los discípulos de Emaús, defraudados, sin rumbo, porque "pensábamos que...".

Se ha hablado mucho de tu última homilía como de una última palabra tuya, testamentaria. Tú escribiste otra última palabra, más definitiva aún, pero menos conocida. El 19 de abril de ese año de 1980, monseñor Arturo Rivera Damas, administrador apostólico de San Salvador, me escribía: "nos permitimos incluir aquí la carta que dejó redactada nuestro querido Mons. Romero el mismo día de su asesinato y que esa noche él habría de firmar. Agradeciéndole a usted su solidaridad cristiana con él y con nuestra Iglesia, le pedimos que podamos contar siempre con sus oraciones para que podamos continuar la obra que el Señor y la Iglesia nos confían y que siguiendo esos criterios Mons. Romero realizó...".

Tu carta, Romero, que guardamos en nuestro archivo, timbrada como "reliquia", reza así:

... Querido hermano en el episcopado:

Con profundo afecto le agradezco su fraternal mensaje por la pena de la destrucción de nuestra emisora.

Su calurosa adhesión alienta considerablemente la fidelidad a nuestra misión de continuar siendo expresión de las esperanzas y angustias de los pobres, alegres por correr como Jesús los mismo riesgos, por identificarnos con las causas justas de los desposeídos.

A la luz de la fe, siéntame estrechamente unido en el afecto, en la oración y en el triunfo de la Resurrección.

Óscar A. Romero, Arzobispo

Tu última palabra escrita, y firmada con sangre, no podía ser más cristiana.

Querido San Romero de América, hermano, pastor, testigo: tú vivías y dabas la vida porque creías de verdad en "el triunfo de la Resurrección". Ayúdanos a creer de verdad en ese triunfo, para vivir y dar la vida como tú, con los pobres de la tierra, siguiendo al Crucificado Resucitado Jesús.

Pedro Casaldáliga,
24 de marzo de 2005.